

VI Domingo de Pascua (10-05-26)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanas y hermanos:

Ha tocado por coincidencia esta fiesta de la madre en un día en el que Jesús, antes de morir, se había reunido con sus discípulos para alentarlos, para decirles que no se quedarán huérfanos, porque los discípulos han recibido, primero, - y todos como cristianos - el amor de Dios; y ese amor ha suscitado que lo amemos.

Jesús dice: "*Quien me ama, que guarde mis palabras y mis mandamientos*". Esto es muy importante porque es un llamado a que, en la vida, aquello que nos ha manifestado Jesús, nos ha revelado, que es el amor de Dios, nos haga también a nosotros personas amantes, personas que viven lo que Jesús vivió con nosotros y nos dio; que seamos nosotros, como se dice muchas veces, otros Cristos, otras "Cristas".

Es sumamente importante porque la fe cristiana no se reduce a lo que en el Antiguo Testamento se decía: "Ustedes obedezcan los mandamientos". Pero resulta que, a veces, los mandamientos eran cosas solamente referidas al culto. Por ejemplo, venir a misa o, en ese caso, hacer los sacrificios del templo. Sin embargo, no tenían que ver con el prójimo, a pesar de que el mandamiento dice ama a tu prójimo como a ti mismo". En la fe cristiana sí, porque la fe cristiana es ser amado y amar. Y quien no manifieste ese amor cotidianamente, entonces, es un cristiano un poco "manco", un poco "cojo", le falta algo fundamental. Lo tenemos y, sin embargo, nos lo ahorramos. Eso es muy peligroso porque da la impresión de que uno es creyente, como lo hemos hablado muchas veces, y luego resulta que

no resulta creyente, porque solo el que ama puede participar de Dios. Uno mismo se autoexcomulga, podríamos decir. No es que Dios nos quiere condenar, sino que uno se puede autoexcluir... y uno se la pierde, pues, aunque Dios siempre lo buscará para animarlo, para cambiar.

¿Y en quién tenemos más grandemente en la humanidad la imagen de aquel que ha recibido amor y lo da? En ustedes, mamás. Ustedes son el signo maravilloso de, cuando se es humano, hay que amar como el Dios que nos creó y nos amó. Todos venimos de mamá, todos, incluso Jesús. El único que no viene de mamá es Dios Padre que, además, decía el Papa Juan Pablo I: “Dios es Padre y madre”. Porque Él nos generó.

Cuando decimos en el antiguo Credo Niceno: “Creemos en Jesucristo, generado antes de todos los siglos”. Decimos “generado, no creado”, o sea que nuestro Dios Padre es un Dios fecundo, como son las mujeres. También el varón ayuda a la fecundidad. Pero no es el que lleva en su seno a cada uno de nosotros y nos da todo su ser.

¿Cómo nos pareceremos a este Dios generador? En la estructura viva de la maternidad, cuando estamos en el vientre materno, pasamos nueve meses gratuitos. ¡La mamá nos ama sin medida! Ninguna dice: “Oye, deja de patear ya”, “si sigues pateando, te saco”. Eso le puede decir cuando se porta mal en la casa, después, cuando nace. Pero en el proceso generativo de los nueve meses, todo es gracia, todo es generosidad, todo es gratuito: los flujos de la sangre, los líquidos de la mamá, la respiración de la mamá. Y lo más lindo también de todo eso: la palabra y el canto de la mamá. ¡Todo absolutamente gratis!

En el Perú, sobre todo, eso es muy importante en nuestro país, porque aquí hay que ir, “cueste lo que cueste” si hay algo gratis. A veces, decimos: “Si están regalando globos en

Huacho, me voy en taxi”. Porque nos encanta lo gratuito. ¿Por qué nos encanta lo gratuito? Porque somos gracia. No solamente acogemos la gracia, somos gracia. Y, a veces, nos hacemos los graciosos, y nos queremos desprender de la gracia. Pero es mejor ser verdaderamente gracioso, porque gracioso es ser “graciado”, no un “desgraciado”. La persona desgraciada es una persona que no ama; la persona graciada es la que sabe compartir y amar de acuerdo al amor que recibió.

¿Y saben en qué cosa se resume todo eso? En el espíritu de fineza, espíritu santo de fineza. Todo lo que, cuando somos educados, cuando sabemos tratarnos, cuando tratamos finamente, cuando tratamos con cariño, recurrimos a lo que se llama **la sabiduría**, cosa que en el mundo moderno se ha dejado de lado. El ser humano tiene dos espíritus unidos: uno que es más para el arte, la cultura, la música, el piropo, el besito. Y el otro es para calcular, para ver cuánto nos va a faltar para ese mes y de dónde sacamos plata. Ese es el cálculo.

El gran filósofo, sumamente humano y cristiano, a los inicios del mundo moderno, Blaise Pascal, decía que **el espíritu de fineza es infinitamente superior** al otro espíritu, que es el “espíritu de geometría”, o sea, “espíritu de cálculo”. El espíritu de fineza, siendo infinitamente superior, permite que el propio espíritu de geometría y de cálculo también funcione y no puede existir sin el otro. Por eso es infinitamente superior, porque todo descansa sobre la fineza. Y cuando se pierde la fineza, se camina al suicidio, solo es cálculos, pensar en cuánto vamos a ganar mañana, sin importar que hundamos al país mientras nuestro negocio sigue para adelante. Esos se van solitos al infierno por sí mismos, no porque los mandemos ni los mande Dios. Viven la vida como un infierno.

Solamente se vive la vida feliz cuando nos tratamos como las mamás: generosa y gratuitamente, apreciándonos. Es verdad que nos podemos bronquear también de vez en cuando, pero también nos pedimos perdón. Eso es muy importante, hermanas. Ustedes, como madres, han llevado en su seno no solamente a los hijos, sino el mismo Espíritu de Dios. Y lo siguen llevando porque siguen siendo madres, si no, sería un “desmadre”.

Por eso, hoy día, ese momento cuando Jesús dice: “*No los dejaré huérfanos, les daré otro Paráclito*”. “Para” significa que “está a la mano”, el que “esta junto” o “al lado”, y “cleto” es el que llamo o puedo llamar y me ayuda porque está a la mano. “Paráclito” es algo así como el abogado, que lo necesito para que me ayude en un juicio y, entonces, lo tengo a la mano, lo llamo y me ayuda. Es el que ayuda porque se pone cerca.

Y la mamá es eso: nuestra abogada, nuestra defensora. ¿Cuántas veces no hemos tenido problemas en el colegio, que nos han chancado? Nos han metido un puñete y la mamá viene: “¿Qué te pasa a ti?”. Y lo corrige al chico, y mejora. Y después llama a la otra mamá y las dos le dicen: “Oye, hijito, tienes que comportarte mejor”. Y nos corrigen porque quieren que crezcamos derechos. Y “derechos” no significa de “derecha” o de “izquierda”, sino que crezcamos plenos, amantes los unos de los otros, comprensivos, que escuchan y que se corrigen.

Eso es lo que tenemos que aprender todos hoy día porque, en el mundo, por la rapidez del cálculo, se ha generado un sistema de vida que todo es rapidito, y todo es para sacar plata. El “yape”, por ejemplo. En algunos colegios tienen que sacar a los chicos del colegio porque están jugando con el “yape” y están haciendo negocios en el propio colegio y ponen las direcciones de los compañeros.

Nos estamos volviendo un poco locos por eso, dejando de ser seres humanos. Y, por eso, es tan importante el Espíritu Santo Paráclito, el Espíritu Santo defensor, para que ante las dificultades que el Señor veía en sus discípulos que iban a tener en la vida, en donde estaban sometidos a muchos peligros como Él pasó, puedan reaccionar, puedan responder con el amor como Él lo hizo.

A Jesús le planearon la muerte para matarlo en la cruz. Y se organizaron los que eran muy religiosos y muy sacerdotes, pero eran unos granujas. Habían convertido el templo en un negocio donde, como sucede a veces hoy en el mundo, las religiones se están usando para negocios, incluso, entre nosotros como católicos. Y no podemos reducir el espíritu de fineza al espíritu de geometría, es decir, al negocio.

La fineza es para llenarnos de plenitud, de alegría, con el arte, la música, la cultura. Los jóvenes ahora, actualmente, si bien están en las redes sociales, hay muchos que hacen una cosa muy linda: bailan, y bailan lindo. ¿Los han visto en el Paseo de los Héroes Navales? Y en las plazas, ¡en todo el Perú! Yo estaba ahora con un amigo mexicano que me decía: “Pero ¿cómo es eso? Eso no sucede en México”. Bueno, ya podemos exportar la iniciativa porque los chicos están buscando amor, paz, amistad, alegría, comprensión, armonía, orden. Pero no un orden que venga a la mala en donde se impone a la fuerza, como cachaco, cuidando quién está caminando por aquí, por allá. No. Es la armonía que vamos organizando todos porque partimos de un supuesto que nos ha revelado Jesús: que, siendo todos hijos de una madre, hijos de Dios, somos hermanos y formamos una familia, que por más que no queramos llamarlos así, son nuestros hermanos y hermanas.

Por eso hoy día, hermanas, ustedes que nos han enseñado eso desde chicos, y recordamos ahora a todas nuestras mamás, que nos han enseñado la confianza, la alegría, la

amistad, han compartido con nosotros. Hay algunas madres que se demoraron mucho porque eran inexpertas, se les “quemaba” el agua. En realidad, el agua no se quema, se quema la olla; el agua se consume. Pero claro, las inexpertas no saben cómo es. Cuesta eso de ser madre y ser mujer, pero gracias a la mujer que aprende, que es paciente consigo misma, que comprende la belleza de lo que tiene, el mundo cambia mejor.

Por eso, hoy día, vamos a pedirle al Señor que ese Paráclito nos siga acompañando, ese otro defensor que, además, es Él mismo en su Espíritu, porque se ha ido al Padre y ya regresará. Pero lo podemos ver porque está presente en todos los espíritus buenos y valiosos que tenemos en la vida, y en todos nosotros en el fondo porque todos hemos vivido agraciadamente gracias a la mamá y podemos volver. Y, por eso, tenemos que rescatarlo, no dejar que en primer lugar influya el cálculo en nuestra vida, sino la intuición.

Ese fue el problema del pecado original. No fue un pecado sexual ni nada. Es que se comieron el árbol de la sabiduría. En vez de saborear profundamente, sabiamente — “sabiduría” viene de “sabor”— y decidir sobre la base de lo más adecuado, interesante, en vez de comerse todo el árbol, sino unos manguitos nada más, tranquilos, dos o tres, porque si no, me viene una disentería terrible.

Los primeros padres olvidaron esta dimensión de la verdad, que es el espíritu de la verdad, que es el saborear con hondura lo verdadero a partir de la experiencia. Se dejaron llevar por la ambición de creerse dioses y se descubrieron mas bien pobres personas, desnudas, y en ucerto modo “muertas”. A veces, hay personas que se “comen” los puntos y las comas o los acentos, se los “comen”, los evitan, y hasta pueden perder un examen o un juicio. Este “árbol” en cambio, es para que todos aprendamos a saborear y a decidir con

profundidad y con un sentido de amor, reconociendo la belleza que tenemos delante.

Por eso, hoy día, vamos a pedirle que todos en el país, en el mundo, desechemos esa locura de la ambición que está destruyéndonos a todos. Y unos organizan guerras, otros organizan invasiones, otros amenazan. Tenemos que decir a este mundo: ¡Basta ya! ¡Más maternidad!, ¡más sentido maternal!, ¡más sentido femenino!. Jesús era lindo en ese sentido porque asumió tanto a su mamá que, cuando pone un ejemplo y ve a Jerusalén que se está destruyendo, dice: *“Jerusalén, Jerusalén, ¿cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus pollitos?”*.

Jesús tenía sentimientos de gallina ¡Qué lindo! Se compara con una figura femenina, no tenía miedo. Uy, no, a todos los machotes que tenemos ahora, pueden pensar: “¡Cómo voy a compararme con una gallina!”. No les gusta eso porque hemos eliminado una dimensión fundamental de la vida del ser humano que el espíritu Paráclito, el espíritu consolador, el espíritu alentador, el espíritu defensor, nos hace recuperar a todos. Y ustedes lo representan con sus personas, hermanas.

Gracias por lo que nos han dado siempre. Las mamás están en la médula de nuestro ser. Que Dios las bendiga. Gracias, mamá, por todo lo que has hecho por nosotros. ¡Feliz día mamá!

Amén.